

cosas es la moral: sin la verdad la moral no existe. Las inexactitudes de Livio no están sino en la forma, en esas oportunas y graciosas coincidencias con que el autor pergeña sus escenas trágicas; en lo tocante á la esencia misma de las cosas, Tito Livio es tan austero como Tácito. Sin este requisito no hubiera pasado á la posteridad. Tan noble, grande y respetable asunto es la historia, que Polibio, siendo hombre de mal vivir y muy desenfadado, no se atrevió á desfigurarla con supercherías, ni á envilecerla con la adulación; y ese sibarita, cuyas malas costumbres eran notorias, fué historiador casto, recto, y manifestó, como sacerdote del porvenir, inclinación violenta á la verdad y á la virtud. El historiador ha de tener muchas dotes y virtudes: sabiduría, rectitud, austeridad; discernimiento, criterio acendrado; osadía filosófica, olvido de sí mismo; valor á prueba de amenazas y peligros; sensatez, audacia, firmeza y disposición moral tan aventajada, que pase á caballo por delante las generaciones y los siglos, causando admiración y respeto. — ¡Cuán bello modo de decir, señor, dijo el estudiante, esto de pasar el historiador á caballo por delante de las generaciones y los siglos! — Quintiliano insinuó ya, respondió D. Quijote, que la historia anda á caballo, aludiendo á la grandeza, elegancia y rapidez que caracteriza su estilo. Ahora quisiera yo saber el nombre del famoso historiador de quien vuesa merced me ha dado noticia, por si me ocurre la oportunidad de darle una lección. — Es el gran Remingo Vulgo, señor caballero, dijo el estudiante; y no vaya vuesa merced á confundirlo con Mingo Revulgo, que éste es un cancionero de marras. — Yo sé quién es Mingo Revulgo, tornó á decir D. Quijote: conténtese vuesa merced con haberme hecho conocer á Remingo Vulgo y no se meta en biografías que no vienen al caso.»



CAPITULO XXII

QUE DA Á CONOCER LA CASA ADONDE FUÉ Á PARAR D. QUIJOTE
DESPUÉS DE LA AVENTURA EN QUE GANÓ EL CUERNO DE ASTOLFO

«Si la mágica Felicia Propicia hace la buena obra de tener secuestrados á esos mandrines, dijo D. Quijote, me guardaré muy bien de pelear con los turcos que defienden su castillo.» Y despidiéndose del joven cazador, picó su caballo y pasó adelante seguido de su escudero. No á mucho andar divisaron una casa entre jardines, arbustos y árboles corpulentos, en medio de un anchuroso valle. Una verde colina se levanta á un lado, y está hirviendo en lucios toros que suben y bajan rebramando lentamente; por otro se dilata una pradera, rompiéndola á lo largo un riachuelo cristalino en mil graciosas vueltas. A sus orillas crece la gayumba y esparce su olor por los contornos. Relincha el potro en la caballeriza, manoteando en las piedras con su herradura estrepitosa. Los perros ladran en el patio: las aves domésticas gritan en el huerto. El dueño de esta finca es un caballero principal llamado D. Prudencio Santiváñez, hombre tan generoso como rico, tan excelente ciudadano como feliz padre de familia. Doña Engracia de Borja, su mujer, es por su parte la bendición de todos; en cuanto su propio bienestar y el que proporciona á los demás, provienen de las virtudes. La felicidad, para ser acendrada, pone por condición la virtud. Esas felicidades de la opulencia y el esplendor no son sino orgullo

satisfecho, barniz reluciente debajo del cual gimen por ventura grandes llagas vivas. Casa donde habita la soberbia no tiene noticia del bien que trae consigo la serenidad de espíritu; y la donde se oculta el vicio, jamás saborea la dicha acendrada. Si el hombre justo y bueno es como un árbol á cuya sombra descansamos, la mujer virtuosa es fuente saludable, y los rasgos principales de su carácter son pudor, modestia, diligencia. Las hijas de esta madre serán á su vez felices, y la bendición de Dios se extenderá sobre ellas por largas generaciones. ¡Dichosa la familia que no tiene secretos! ¡Dichosa la que vive francamente á la faz de Dios y los hombres, sin temer el juicio del uno, ni correrse de las miradas de los otros! ¡Dichosa la pobreza misma, si no tiene de qué avergonzarse, y mil veces dichosa la riqueza, si enjuga las lágrimas de los que lloran y vive con Dios aun en medio de la opulencia!

D. Prudencio Santiváñez no tenía nada que pedir á la fortuna, pues en él estaban cumplidas las bendiciones del Señor: «Regocíjate, hijo del hombre, con la esposa que el cielo te depara: bebe agua de tu fuente, y el extranjero no perturbe el gozo de tu corazón: la castidad y ternera de la compañera de tu vida te fortifiquen siempre, y la aflicción no ponga los pies en los umbrales de tu casa.»

Bienaventurados los temerosos de Dios en quienes se cumplen sus palabras; bienaventurados esos de quienes podemos decir: «Tu esposa es como una parra fecunda en el recinto de tu hogar: alrededor de tu mesa estarán tus descendientes como pimpollos de olivo: el Señor te bendiga para que contemples á los hijos de tus hijos y veas florecer la paz en tu morada.»

La riqueza de ese buen cristiano consistía menos en fincas y dinero que en la admirable mujer que Dios le había dado, y en esos como pimpollos de olivo que se sentaban alrededor de su mesa, para hablar con la Escritura. Y tanto más dichoso, cuanto que ni en la edad florida había sucedido que la desconfianza le envenenase el corazón, ni que sus labios probasen la

amargura. Decoro en el uno, honestidad en la otra, formaron siempre el armonioso concierto que fué la admiración de cuantos conocían esa familia afortunada. Sus ramas se dilatan al contorno, como los brazos de un árbol generador de un bosque. De todo hay en ella: muchachas de esas cuya sangre, fresca y pura, corre ardiendo por las venas en el fuego de los dieciocho y los veinte años; de esas que son deseo, esperanza, felicidad de los que tienen buena estrella; tormento, peligro, ruina de los que la tienen mala. Niñas de menos edad, que van bajando con un año, hasta concluir en una parvulita, desiguales como las cañas con que los pastores hacen sus zampoñas; adolescentes que se adelantan á la virilidad; mancebitos imberbes empeñados en pasar por hombres, y rapazuelos que producen el ruido del hogar, esa música de los niños que es el embeleso de sus padres y de los que, aun sin serlo, sienten por ellos una poética ternura. Los niños son en la tierra lo que las estrellas en el cielo, inocentes, puros, brillantes. Si así como distinguimos con la vista esos cuerpecillos luminosos que están estremeciéndose en el firmamento, oyéramos su voz, ¡cuán suaves, cuán delicados acentos fueran esos! ¿Lloran, ríen las estrellas en la bóveda celeste? Es la suya una melancólica alegría; pero cuando se las contempla despacio y con amor, parece que están saltando de placer en el regazo de su gran madre naturaleza. Así son los niños: si el hombre no pasara de cierto número de años, fuera quizás un ser tan puro y amable como el ángel. El vulgo piensa que el llanto de un niño ahuyenta al demonio: esta es una profunda malicia filosófica que atribuye á la infancia cierto poder de divinidad, el mismo que tiene aquel cuya mirada disipa las tinieblas. La casa donde no hay niños es triste, solitaria, casi lúgubre: si el crimen no habita en ella, desgracias y lágrimas no faltan. Un sabio dice que el hombre que se teme á sí mismo, ó vive atormentado por las fantasmas de la imaginación, procure tener consigo un niño. ¿No es éste el ángel de la guarda? Nada puede en defensa nuestra un ente como ese tan ignorante desvalido; y con todo, en una vasta soledad, una

densa obscuridad, yo no sintiera miedo teniendo un niño en mis rodillas.

Con los niños habita la inocencia en casa de D. Prudencio Santiváñez, con los jóvenes el amor, y con los viejos la seriedad y el orden. Tras que la familia que mora bajo el mismo techo es numerosa, concurren los domingos los próximos parientes, esos medio hermanos llamados primos, que con frecuencia vienen á parar en hijos de la casa donde hay lindas muchachas; las primas, confidentes infalibles de las suyas, con las cuales, así como llegan, se retiran á una ventana ó un rincón y anudan el mil veces principiado y mil veces interrumpido cuchicheo. En la temporada del campo, la *villeggiatura*, como dicen en Italia, ve la familia redoblarse el número de sus miembros, y en junta de los amigos íntimos se va á pasar en él algunos días. En éstos se hallaba D. Prudencio Santiváñez, y su casa llena de gente, entre la cual no pocos estudiantes y algunas señoritas, las inseparables de sus hijas, en quienes delira el buen señor. Corríanse novillos los días de fiesta en el patio del castillo: las noches eran, unas de música y baile, otras de juego, y otras, las de luna, de paseo nocturno y navegación por un hermoso lago que surcaban en botes al son de la vihuela. La devoción no podía ser descuidada donde la persona principal era una señora tan piadosa como doña Engracia; pero de ninguna manera obligatoria, porque eso más tenía de bueno la matrona, que su tolerancia era tan cuerda como eficaz su ejemplo. No se vió jamás que de los hombres concurriesen al rosario sino los maduros, esos que, á fuerza de no poder otra cosa, dan en camanduleros; ó si había algún inocentón barbudo, más rezador que enamorado. Los jóvenes serían tal vez creyentes allá para sí; mas no gustaban de manifestar su piedad con interminables padrenuestros, y eran completamente libres de concurrir ó no al oratorio, sino los días de fiesta, en que D. Prudencio los hubiera reducido al gremio de nuestra santa madre Iglesia con el azote si fuera necesario. Mas nunca sucedió que le pusiesen en este duro trance, porque muy de buena gana concurrían á misa

los tunantes, y se la oían entera, aunque sesgueando la mirada á cada rato hacia las hermosas, con perjuicio de la salud eterna.

Doña Engracia y sus hijas eran madrinas infalibles de cuanto niño nacía por los alrededores; en vez de la iglesia del pueblo, gustaban más los campesinos de que sus retoños se bautizaran en el oratorio de los amos, quedando siempre el nombre del nuevo cristiano á la discreción de la comadre; el cual nombre no podía dejar de ser católico de todo en todo, si pendía del arbitrio de la señora doña Engracia, á quien sonaban muy mal los raros y extravagantes. Y con razón, porque esto de llamarse un hombre Eufemides ó Teodolindo, es haber nacido para maldita de Dios la cosa buena. Dichoso el que se llama Pedro, mondo y lirondo, y no anda tras dos ó tres nombres de sobrecarga, con los cuales desvalora y obscurece el del apóstol preferido del Señor. ¿Qué más quiere el que se llama Juan? Nombre corto, suave: con un ay está pronunciado, y no hiere los oídos ni llama la atención por lo sonoro y retumbante. El amigo y el discípulo más queridos de Jesús se llamaron Juan. Cuando oían salir de sus labios este dulce vocablo «Juan,» cierto era para ellos que serían con él en el paraíso. Ha de creer que tiene buen juicio el que, en medio de este prurito general por ganar en importancia con la pluralidad de nombres, se ha quedado de Juan limpio, mientras sus conocidos, al cabo de treinta años, se han puesto nombrazos de una vara, sin que con esto les hubiese crecido la inteligencia ni la sabiduría. Los príncipes reales suelen tener cuatro y aun seis; huyendo de imitarles, contentémonos con uno los que no conocemos más trono que el de la virtud. Doña Engracia no consintió jamás en que niño se llamase Pompeyo, ni Flora, Damia ó Laida criatura del sexo femenino. Todas las hijas de Eva habían de ser Manuelas, Mercedes, Carmen, y cuando más, consintió en que á una se pusiese el de Nieves, contemporizando con sus hijos, quienes se empeñaban en que se llamase Niobe. Entre los varones la mayor parte eran Diegos ó Santiagos, por ser san Diego el patrono de España y de la señora; pero del oratorio salieron algunos Josés y

no pocos Antonios, si bien un número considerable de villanitos iba á crecer el gremio de los Manueles y Marianos, y doña Engracia estaba satisfecha.

El autor de esta crónica ha pasado por un pueblo donde no había zote que no se llamase Jeremías, Ezequías ó Temístocles, y vió un majagranzas barbiespeso á quien decían «D. Demóstenes.» ¿Tanto les cuesta á estos descomulgados hacerse bautizar de nuevo y llamarse Miguel, Rafael, Melchor, Gaspar ó Baltasar, si son negros? En una casa gritaban: «¡Holofernes!» á un criado, y «Judit» á una niña hermosa. ¡Bendito sea Dios! Ya vendrán los padres de moda á poner los nombres de Herodes y Pilatos á sus hijos, y á las hembras los de Atalía y Mesalina, enemigas de Dios y de los hombres. Llámese una mujer mil veces Urraca, Guiomar ó Berenguela, como en tiempo de Witiza, antes que Jezabel, Herodías ni Pintiquiniestra. ¿Hay nombre más apacible, meliflúo, numeroso que Dolores? ¿Puede una linda muchacha llamarse mejor que Antonia? ¿Y no tiene más de medio mundo ganado la que se llama Rosa? Ahora no habrá quídam devoto que no bautice de Rideas y Medoras á sus hijas, como si entre las once mil vírgenes no hubiera Piedad, Rosario ó Luisa á quienes se encomienden. Hermano lector, si Dios te diere más de una, llámalas Juana, Clara, Teresa. Si en todo caso quieres no ser vulgar, ve aquí estas suaves y dulces denominaciones: Luz, Delfina, Laura, cuando no llames Elvira á la mejor, para tener un lucero en tu casa. Desde la hija del Cid, la que se llama Elvira ha de ser bella y de tierno corazón. Hasta música encierra este hermoso nombre: «Elvira.» Si hay ángeles femeninos, se llaman Elvira, Lida, Estela.

Las hijas de doña Engracia tenían los más comunes, que justamente son los más cadenciosos y sonoros. Una era Isabel, otra Juana, ésta Ramona, ésa Adelaida; y por gran condescendencia, permitió una vez que la última tuviese el de Victoria, pero encerrándolo entre María y Purificación, á fin de cristianizarlo por todas partes. Uno de los varones acometió á ponerse *Romeo* sobre *Carlos*, con segunda intención el fementido: como

hubiese por ahí una cierta Ana Julieta á quien se encomendaba, dijo para sí: «Llamándome yo Carlos Romeo, todo irá á pedir de boca.» Esos enamorados tienen la letra menuda y son capaces de cogerle el pelo al huevo. ¿Qué mucho que dé en el hito de llamarse Romeo el que ha llenado el ojo á una Julieta? Pero á éste se le fué el santo al cielo, pues cuando pensó haber dado en la mueca y haber hecho una cosa que su dama había de estimar sobre toda ponderación, consiguió á lo sumo que sus amigos le llamasen Carlos Borromeo; lo que le causó singular despecho, tanto más cuanto que, cuando quiso volver á llamarse Carlos á secas, ya no le fué posible.



CAPITULO XXIII

DONDE SE SIGUE Á D. QUIJOTE HASTA LA CASA QUE ÉL TUVO POR CASTILLO

Quiso la suerte que hacia esta familia se dirigiese D. Quijote, entre la cual no era probable se le hicieran burlas pesadas, porque en su dueño concurrían la circunspección y la bondad, cualidades necesarias de un carácter elevado. Sea majestuoso el hombre, que esto vale mucho, y no halle placer en cosas que dicen mal con las circunstancias que le vuelven distinguido. Gran señor que se une á sus criados para matraquear á un huésped, no corresponde á los favores de la fortuna, ni sabe guardar sus propios fueros. Algo hay de indecoroso y reprehensible en ese empeño con que hacemos por divertirnos á costa de los dementes ó los simples: calavera puede ser un mozalbete casquivano; chancero es cualquier truhán; pesados son los tontos: el hombre de representación y obligaciones, por fuerza ha de ser filósofo, á lo menos en lo grave y circunspecto. Puede mostrarse alegre la virtud, mas huye de parecer ligera y socarrona: la sabiduría suele estar muy distante de la mofa, y es propio de ella el sonreir benignamente. D. Prudencio Santiváñez era un filósofo, bien así de natural como de educación: su calidad de padre le aconsejaba además ese porte elevado y señoril, tan conveniente para los que lo son de una numerosa familia. Sobre esto era de suyo hombre muy bueno, incapaz de hacer fisga de nadie, y tan compasivo, que no hubiera tocado

con la desgracia sino para remediarla, si le fuera posible, ó por lo menos aliviarla. Pero como la casa estuviese hirviendo en muchachones vivos y revolvedores, algo le había de suceder en ella á D. Quijote, aunque no aventuras de las que suele pasar en los caminos. Si no se hacía más que llevarle el genio, era darle gusto el proporcionarle ocasiones á su profesión, y excitarle á que tratase de ella con la verbosidad pomposa con que solía dilatarse en esa gran materia.

«En este castillo nos alojaremos esta noche, dijo á su criado: debe de ser su dueño gran señor que recibirá mucho contento de verme llegar á su casa. Ruégote, Sancho, que si hablas, sean discretas tus razones y te vayas á la mano en lo de los refranes, por que al primero de ellos no saques á relucir lo triste de tu condición y lo extremado de tu sandez. Quien bien quiere, bien obedece; y si bien me quieres, trátame como sueles. Sancho, Sancho, en la boca del discreto lo público es secreto; y no diga la lengua lo que pague la cabeza. — Medrados estamos, respondió Sancho: vuesa merced los echa á destajo, y los míos le escandalizan. Labrar y coser y hacer albardas, todo es dar puntadas, señor. Al cabo del año tiene el mozo las mañas del amo: vuesa merced me ha de pasar este mal de refranes, por poco que andemos juntos. — Una golondrina no hace verano, replicó don Quijote. Si á las veinte echo yo unillo es porque allí encaja; mientras que tú me hartas de ellos hasta en los días de ayuno. — Pescador que pesca un pez, pescador es, Sr. D. Quijote: si vuesa merced me echa una golondrina á cada triquete, yo le he de echar un rábano, y tómelo por las hojas. — Tú me has de matar á fuego lento, hombre sin misericordia, repuso D. Quijote; y te hago saber que tus trocatintas me escuecen más de lo que piensas; trocatintas en las cuales la sandez y la malicia se disputan la palma. ¿Qué dices ahí de rábanos, menguado, ni qué tienen que ver las bragas con la alcabala de las habas? Te has puesto á partir peras conmigo, y Dios solamente sabe en qué abismo te han de precipitar tu familiaridad y petulancia. Si tienes algunos otros refranes amotinados en el garguero, vomítalos antes

que lleguemos al castillo, porque delante de gente no me será posible tolerarlos. — Boca con rodilla y punto á la taravilla, dijo Sancho: por la cruz con que me santiguo, que no me oirá vuesa merced cosa que parezca refrán, adagio ni chascarrillo. — La boca hace juego, respondió D. Quijote; mira no salgas refractario. — Haré por cumplir mi palabra, señor. Mas dígame vuesa merced, ¿son tan malas mis razones, que así procura relegarlas á lo más obscuro de mis entrañas? — Por buena que en sí misma sea una cosa, como la dices fuera de propósito, viene á ser mala: sin oportunidad no hay acierto; y para el que siempre va fuera de trastes, el silencio es gran negocio. — Ahora bien, preguntó Sancho, ¿es castillo verdaderamente ése adonde estamos yendo?»

Mucho más le gustaba á este excelente hombre llegar á casas grandes, donde comía á su gusto, dormía sin cuidado y no se le manteaba, que á ventas donde los mojicones nocturnos menudeaban más de lo que él habla menester. Buen cristiano era; mas que le persignasen con estacas, no tenía por sana doctrina. Á las bodas de Camacho hubiera concurrido cada semana; de la mansión de D. Diego de Miranda guardaba un dulce recuerdo; pero se dejara matar antes que volver á la venta de Juan Palomeque, ese demonio manteador para quien eran buena moneda las alforjas de los pasajeros, si éstos no le pagaban como príncipes su mala comida y peor cama. El chirriar de los capones en el asador, el bullicioso hervir de los guisados, el ruido de las frutas de sartén eran música para su alma; y donde veía columnas de quesos, sartas de roscas, ollas á las que pudiera espumar dos ó tres capones, allí era el paraíso de ese católico escudero. «Si el dueño del castillo adonde vamos, tornó á decir, es otro duque, desde aquí le tengo por mi amo y señor. ¡Ahí es nada echarse uno al colete un buen lastre! Pues digamos que me llevará el viento, si me apuntalo con dos frascos de tinto. Lo que no viene á la boda, no viene á toda hora, hermano Sancho, siguió diciendo dirigiéndose á sí mismo la palabra; sepa vuesa merced, si no lo sabe, que la otra gran señora tuvo cartas con una cierta Teresa Panza, y que á voacé le tuvieron por allá en

las palmas de las manos, y que de ese castillo no salió sino para la gobernación de una ínsula. — Todo el mundo sabe que has sido gobernador de una ínsula, dijo D. Quijote interrumpiéndole; pues no lo repitas á trochemoche. La gracia estuviera en que después de haberlo sido, vinieses á ser digno de un condado, y siendo conde, aspirases á un reino y lo obtuvieses. Alega lo que eres, no lo que fuiste, acaso sin merecerlo; ó no alegues nada, si deseas se te admire, cuando menos por la moderación y el silencio. — ¿Cómo es esto?, respondió Sancho: si callo los honores que he alcanzado gracias á mi Sr. D. Quijote, soy bellaco, ingrato, monstruo; si hago mención de ellos, no me escapo de ser vanaglorioso é impertinente. Vuesa merced hallaría de qué reprenderme aun cuando yo obrase como un santo, de qué corregirme aun cuando hablase como un catedrático. Sanan las cuchilladas, y no las malas palabras, señor; y si quieres matar al perro, di que está con mal de rabia. — Tras que la novia era tuerta....., replicó D. Quijote: amontonas disparates y desvergüenzas y vienes á quejarte de agravios que no se te han irrogado. Por lo que tienen de graciosas tus últimas razones, te las perdono; mas en llegando que lleguemos al castillo, muertos son los refranes, ¿lo juras? — Sean estos señores de los que comen de lo bueno, tornó Sancho á decir, y podré pasar hasta dos días ayuno de refranes. — Tú llevas siempre la mira puesta en la bucólica: dígame ahora que estoy á punto de no entrar en este castillo y dirigirme á un yermo, donde no haya ni bellotas ni cabrahigos ni cosa con que cebes tu hambre diaria. En el mundo se ha de ver escudero tan amigo de su buen pasar: tú naciste para confesor de monjas antes que para escudero de caballero andante. Huélgate cuanto quieras, pero sabe que estoy en un tris de echar á noramala á un regalón como tú, que no quiere vivir sino de gullerías.»

Entre estas y otras muchas razones que agregó Sancho, llegaron á la casa de campo, hacienda ó castillo, en uno de cuyos corredores se estaba paseando el dueño de ella. Después de saludarse mutuamente de la manera más cortés, dijo D. Prudencio: «Mi esposa se tendrá por favorecida en que se le haga cono-

cer *de visu* el caballero á quien todos conocemos de reputación. Apéese vuesa merced, y esta su alfana tendrá en mi caballeriza el puesto que le corresponde. — No es alfana, respondió D. Quijote, sino corcel. — Si vuesa merced no lo hubiera trocado con otro, este debe de ser el famoso Rocinante, dijo D. Prudencio; y éste Sancho Panza, el criado de vuesa merced, añadió mirando de propósito al escudero, quien, apeado á su vez, se estaba ahí espiando la ocasión de dar puntada en la plática. — Humilde servidor de vuesa merced, respondió el dicho escudero, y de mi señora la castellana, á quien deseo los años de santa Isabel y más hijos que á nuestra madre Eva. — El Señor os los dé, volvió á decir D. Prudencio: ¿en dónde acomodaría yo tanta descendencia, hermano, á menos que todo el mundo fuese mío? — Lugar no faltaría, respondió de nuevo Sancho: la tierra es grande y hasta los gusanitos tienen su manida, y los mosquitos del aire hallan una hoja donde albergarse; cuanto más que los estados de vuestra magnificencia deben de ser vastos; y como dicen, á más moros más ganancia; aunque dicen también: quien tiene hijos al lado no morirá ahitado, y los padres á yugadas y los hijos á pulgadas. — Calla, Sancho, calla, demonio, dijo D. Quijote: no descubras tu fondo tan desde el principio. ¡Oh hilo de plata!, ¡oh hilo de oro!, mal invertidos en esta burda tela. ¿Te habré bordado de tres altos, Sancho, para que no pierdas ocasión de poner de manifiesto la bayeta negra de que eres hecho? Si empiezas con tus refranes, ¿en dónde quieres que te esconda, pues no he de ir á mostrarte á la señora de este castillo, la cual debe de ser de las principales y más bien criadas? — Vuesa merced puede tranquilizarse á ese respecto, dijo D. Prudencio: á mi mujer le gustan de tal manera las ingeniosidades y los refranes de este buen escudero, que nunca ha sucedido que él llegase á fastidiarla en las mil veces que hemos vuelto á leer la historia del insigne D. Quijote de la Mancha. Sea vuesa merced servido de venirse conmigo, para que yo le presente á mi familia, de la cual será parte principal mientras tenga á bien honrarnos con su presencia.»



CAPITULO XXIV

DONDE SE DAN Á CONOCER ALGUNAS DE LAS PERSONAS CON QUIENES TENÍA QUE HABÉRSELAS D. QUIJOTE EN CASA DE D. PRUDENCIO SANTIVÁÑEZ

Entró D. Quijote con reposo y majestad imperial, y hecha la ceremonia de la presentación, el dueño de casa le guió en persona á los aposentos que le destinaba. «Aquí estará vuesa merced, le dijo, si no del modo correspondiente á su calidad, por lo menos con la holgura y las ventajas que ofrece el campo. Tan luego como se hubiere aderezado, holgaremos de verle con nosotros, para que nos sentemos á la mesa.» Volvió á la sala el buen señor, y encareció con firmes razones que nadie hiciese burla de su huésped. «La hospitalidad, dijo, es la cosa más delicada del mundo, así como la desgracia es la más respetable, y en el caso presente se reunen las dos, siendo el que tenemos en casa un hombre de los que, aun cuando se juzgan felices, á los ojos de los cuerdos deben pasar por desdichados.» Todos prometieron respetarle, y acto continuo estaban violando la promesa los mozalbetes y las niñas con no dejar de reirse de la catadura y el pelaje del reciénvenido. «Tú me vas á dar que hacer, dijo D. Prudencio á un joven de rostro festivosísimo que estaba ahí con una socarronería de desesperar á un muerto: cuidado, muchacho.» No lo era tanto, pues frisaba con los veinticinco años, y á justo título pertenecía al gremio de los calaveras. Pariente próximo de doña Engracia de Borja, los hijos de ésta no podían vivir sin él, y aunque no con sobrada inclinación al campo, se